

EDICIONES URUGUAYAS EDITADAS POR MAXIMINO GARCÍA

OBRAS DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ .

La Novela Nueva	\$	0.25
Cinco Ensayos	"	1.20
Ariel	"	0.50
Camino de Paros.	"	1.00
Mirador de Próspero.	"	1.20
Motivos de Proteo	"	1.20

PROSAS DE JULIO HERRERA Y REISSIG

Conceptos	} \$ 0.90 obra completa	
Aguas del Aqueronte		
El traje lila		
Mademoiselle Jaquelin		
A la Ciudad de Minas		
Psicología Literaria		
El simbolismo oriental		
Eppur si muove		
Contra el censo		
El alma de mono		
Poesías Completas, 5 volúmenes	\$	6.00

OBRAS DE FLORENCIO SANCHEZ

M'hijo el Doctor	\$	0.60
Los Muertos	"	0.60
Nuestros Hijos	"	0.60
Estranca Abajo	"	0.60
La Gringa	"	0.30
Los derechos de la salud	"	0.30
El Caudillaje criminal en Sud América	"	0.25
Los derechos de la salud	"	0.60
En familia	"	0.60
Moneda falsa	"	0.60

ARIEL

REVISTA DEL
CENTRO ESTUDIANTEL



MONBIVION

1920

Centro de Estudiantes "ARIEL"

490—CALLE SARANDÍ—490

COMISIÓN DIRECTIVA:

Presidente: Carlos Quijano — *Vicepresidentes:* Adolfo Folle Juanicó, Teófilo Piñeyro Chain — *Secretario:* Aurelio Barrios Amorín — *Prosecretarios:* Walberto Pérez, Agustín Ruano Fournier — *Tesorero:* Adolfo Coppetti — *Protesorero:* Ricardo Cat Alvarez — *Bibliotecario:* Carlos Benvenuto — *Vocales:* Eugenio Petit Muñoz, Arturo Lerena Acevedo, Luis Enrique Piñeyro Chain, A. Gómez Haedo, A. Quesada, Julio Iturbide, Alfeo Brum, Raúl Negro, Alberto B. Hardoy, Vicente Elorza, Eugenio Fulquet y Eduardo Irastorza.

COMISIÓN DE REVISTA:

Redactores: Carlos Quijano, Eugenio Petit Muñoz, J. Fournier, Piñeyro Chain, Alejandro Gómez Haedo, Víctor Armand Ugón. — *Administrador:* Walberto Pérez.

ARIEL es la tribuna abierta al ensueño y al ideal de los nuevos.

ARIEL es energía optimista porque es juventud.

ARIEL es una inquietud de justicia, un propósito de verdad y una aspiración de belleza.

ARIEL quiere realizar obra de renovación y de mejoramiento.

ARIEL es palabra de fe en estos tiempos de esperanza.

HOMENAJE

A

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

**Revista "ARIEL"—
Organo del Centro de
Estudiantes "Ariel".**

Febrero-Mayo 1920

Año I—N.º 8-9

MONTEVIDEO



LA OFRENDA DE "ARIEL"

Reposan ya en tierra uruguaya los restos de José Enrique Rodó.

«Ariel» ha entendido que, porque no mereciera su homenaje con obra que fuese acaso petulante o ingenua por demasiado juvenil, debía, como la ola que simboliza a Proteo, darse en sacrificio al movimiento innovador, sumergirse en la hondura y dejar sitio a otra onda más clara y eminente. Y así, por culto del ideal que persigue el perfeccionamiento en la renovación eterna, ha callado, en esta hora en que caben silencios augustos, para dar su palabra a más altos voceros, que digan la alta gloria del Maestro de América.



JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Rodó

Conferencia pronunciada bajo los auspicios del Centro de Estudiantes "Ariel", en el salón de actos públicos de la Universidad, el 2 de mayo de 1918, por la señorita Luisa Luísi.

La obra de un escritor, alimentada con lo más sensible del corazón humano, no es, sin embargo, ni puede serlo, sino una parte de su personalidad. Los que han estudiado hasta ahora la obra de Rodó, se descartan, sin embargo, a menudo de lo escrito, que sólo puede ser lo duradero para analizar la personalidad viviente del autor. Más que críticos de su obra, han sido, generalmente, críticos del *hombre*. Demasiado cerca todavía de nosotros, su influencia *personal* es tan grande como su influencia literaria. Yo creo también que sea ésta la actitud justa y acertada del que estudia a un autor cualquiera; por cuanto la vida, el carácter, las pasiones mismas del escritor llevan mayor luz a la intención profunda y a la íntima esencia de la obra. Se escribe tanto con la pasión como con la inteligencia: y el hombre suele aparecer bajo las ideas expresadas. Pero, para los que no hemos tratado personalmente al gran uruguayo desaparecido, que somos hoy muchos, y que seremos muchos más aún a medida que el tiempo realice su trabajo incontrastable,

la obra escrita de Rodó será lo único que perdure y lo único que conozcan las generaciones que nos han de seguir. Porque el recuerdo que alienta fresco en el corazón de sus amigos y que habrá de materializarse en la biografía y en la anécdota, no será sin embargo, más que un reflejo más o menos deformado por el cariño, la admiración o, simplemente, por el sello propio que el alma viva imprime a lo que es solamente recuerdo...

Por esto he de concretarme a lo que él quiso dejar que perdurara de sí mismo en sus escritos y que no es más que una pequeña parte de su alma.

Rodó no es, en efecto, un escritor que realiza su obra en el caldear vivo y trágico de la pasión; que escribe con su sangre, como el pelícano, al decir de Musset, el doloroso y fecundo resultado de sus propias experiencias. No palpita detrás de sus frases pulcras y limadas un corazón atormentado y humano, con sus luchas, sus contradicciones, sus caídas y sus resurgimientos, que hacen más ardiente, más dolorosa, pero más palpitante y, sobre todo, más humana la obra de Arte, y por esto también más cercana a nuestro propio corazón. Y no creo, sin embargo, que ello sea porque el alma grande y pura del maestro no haya tenido también su hora de duda y de tentación; su atormentador Monte de los Olivos en el que él mismo se complacía en ver el momento más grandioso de la vida de Jesús... Como todas las almas, y como las almas más grandes, ha de haber existido también para Rodó la hora de la duda y del tormento. Sólo que él la ha velado celosamente a los ojos de sus amigos y de sus discípulos, acaso también caídos en un incombustible sopor...

De todas las parábolas que esmaltan la obra del autor de "Ariel" como delicadas filigranas, un vaso de líneas armoniosas, y en las cuales han querido sus comentado-

res verlo retratado, no elegiría, más que aquélla tan poética y tan honda al mismo tiempo, de los siete peregrinos; más que la despedida de Gorgias, aquella otra dulcísima leyenda de sutil perfume arcaico, en que un rey de las fantásticas regiones de Oriente "en donde gusta hacer nido la alegre bandada de los cuentos", abre su mágico palacio a todos los diversos huéspedes de su reino y sólo reserva para sí la inviolable estancia en donde despliega Psiquis para él sólo las blancas alas del pensamiento.

Dejemos, pues, en la ativa soledad de su sagrado, el alma esquiva y reconcentrada de Rodó, y acatando, acaso, su voluntad suprema, respetemos la última Thule de su alma... Y puesto que sólo quiso legarnos una parte de sí mismo, la que él plasmó en serenidad y en belleza soberanas, recurramos a ella solamente para conocerlo y para amarlo.

Pero, guardémonos de que nuestro amor sea el frívolo e inconsciente amor del que acata sin estudio y sin análisis las ideas y las sugerencias del Maestro: guardémonos del pobre, del mezquino amor de quien imita sin comprender y alaba sin discernir; guardémonos de formar, alrededor del Maestro, aquel coro de grajos laudatorios que un escritor argentino lamenta ser el único homenaje tributado a la memoria altísima de Almafuerte.

Admirar a un escritor es, ante todo, estudiarlo y comprenderlo. Ya lo había dicho hace siglos aquel espíritu omnisciente y omnividente que se llamó Leonardo de Vinci: "Amar es comprender".

Amar a un escritor es discutir sus ideas, penetrar sus intenciones, aceptar de él lo que nuestro espíritu asimile después de revisar el contenido y pasarlo por el tamiz de nuestra personalidad; es hacerlo nuestro por la reflexión y por la crítica, por el estudio sereno y pro-

fundo, por la honda compenetración de Ideales. Y es aun buscar sus errores o sus desviaciones; nó para complacerse en ellos, si no para buscar con él la nueva fórmula que amplíe o que corrija la doctrina. Y entonces lo amaremos verdaderamente: no porque neguemos sus errores, sino con sus errores mismos y a pesar de ellos, fermento inevitable de toda humanidad.

Yo no aconsejaría, pues, a la juventud de mi tierra, la ciega admiración, ni la servil imitación del Maestro; mas el estudio y la discusión de sus ideas; la aceptación de sus doctrinas previo análisis que las depure de ciertos elementos excesivos.

La obra de Rodó es múltiple y varia: desde la afiligranada música de ciertos trozos de pura y noble poesía en los que la forma es su mayor gloria; desde la propaganda cálida y viviente; desde la obra del político sincero, hasta la del crítico literario, honda, desapasionada, perspicaz, en la cual ve González Blanco lo mejor de su intelecto, para consagrarlo al hombre representativo de la crítica hispano-americana, o hasta su labor de Maestro, en el alto y noble sentido de un magisterio ideal en el cual ve Gonzalo Zaldumbide, ese otro grande espíritu sudamericano, la faz culminante de su personalidad, por su don sensorio, por la serena unción de su palabra, por el místico y alto vuelo de su espíritu.

Porque si el "Mirador de Próspero", en su varia y compleja serie de artículos, es de un alto valer para completar la obra total y definitiva de Rodó, en modo alguno hemos de ver en él, a pesar de los magistrales estudios sobre Montalvo, Rubén Darío, Juan M. Gutiérrez o Bolívar, lo mejor y lo más acabado de su obra. Mutilan, por otra parte, la personalidad de Rodó, los que sólo ven en él un artífice — por puro y delicado que lo sea — del lenguaje, un mago del estilo, un creador de

belleza pura, sin arraigo más firme ni influencia más honda sobre la conducta y el porvenir de las jóvenes generaciones americanas.

Ni como estilista solamente, ni como crítico puro veo, pues, en Rodó, a una de las cumbres de la literatura americana. Pero lo veo tal como Maestro, como conductor de juventudes a las que quiso señalar los rumbos que le inspiraron su sinceridad y su visión personal del porvenir. Y, como tal, ha influido Rodó notablemente sobre la literatura hispano-americana. No creando, sin embargo, una nueva escuela literaria al modo de Rubén Darío, no son discípulos puramente literarios los suyos. Maestro es en el alto sentido de la palabra; maestro de ideales, forjador de almas.

Es su preocupación constante por los destinos morales e intelectuales de hispano-América y su esfuerzo perseverante por realizar su destino luminoso; es su dolor frente al presente pobre, y su immaculada esperanza en un mejor futuro, el título más alto de su gloria y el timbre más puro de su nobleza.

Ya con él y antes de él, el problema de América preocupaba a altísimos espíritus sudamericanos; con él y antes de él la pobreza intelectual y moral de los pueblos hispano-americanos, aun sometidos a la tutela incondicional de la madre Europa había hecho cavilar hondamente a talentos generosos y preclaros.

Con Manuel Ugarte en la Argentina, con Rufino Blanco Fombona en Venezuela, con Francisco García Calderón en el Perú, con muchos otros aún, Rodó encarna toda una falange de escritores preocupados y cavilosos, frente a la realidad de nuestra América, que sondean con mirada zahorí su nublado e incierto porvenir. Todos ellos han estudiado con mayor o menor profundidad, con más o menos espíritu científico y corazón

de sociólogo, las condiciones políticas, económicas y sociales de las naciones sudamericanas, y cada uno, siguiendo las tendencias peculiares de su espíritu, construyendo sobre las bases de su propia idiosincracia, han trazado, con mano casi siempre maestra, la ruta diversa, tortuosa, recta, fácil o compleja que ha de llevarnos cuanto antes a la realización definitiva de nuestra personalidad social.

Pero si en todos ellos una grande y noble intención informa su obra; si en todos ellos la sinceridad y el amor al continente común los curva en actitud pensativa y dolorosa sobre la Esfinge del futuro, en todos ellos también, la tempestuosa ráfaga de sangre y de horror que pasa envolviendo en su roja nube a casi toda la humanidad, ha oreado las ideas con impulsos nuevos, e iluminado con resplandores fugaces de relámpago las sombras desconocidas del porvenir de América. Sólo Rodó, inclinando tempranamente sus sienes sobre el regazo generoso de la Madre Implacable, no ha podido ver, en el nuevo cielo que se abre para la historia del mundo, la ruta inesperada que se ofrece a los profetas y conductores del destino de América latina.

Porque la marcha de la humanidad, que puede esquematizarse en una curva armoniosa, cuyas direcciones se encuentran ya condicionadas por las direcciones anteriores, se quiebra, sin embargo, en ángulos brutales imprevistos, en ciertos momentos de la historia humana. La guerra actual, como lo fué en su tiempo la Revolución Francesa, marca uno de esos ángulos violentos en los que la marcha armoniosa del progreso y de las ideas sufre de pronto un cambio inesperado de dirección. Ningún problema social, ninguna doctrina puede ser hoy juzgada con el mismo criterio ni a la misma luz que antes de la guerra. Fuerzas ocultas, desconocidas aún

por ellas mismas, han surgido de pronto, cambiando por completo el equilibrio más o menos estable de la sociedad, que vacila y se tambalea hasta encontrar la nueva estabilidad provisoria de otro régimen. La guerra social, implacable, dolorosa, levanta el estandarte de una nueva Justicia, en una tentativa desesperada y sincera de mayor felicidad para un mayor número de hombres.

El norte de nuestra brújula se ha desplazado de repente, y' al nuevo norte, incierto y cambiante todavía, todavía envuelto en las brumas oscurecedoras de la duda, debemos tratar de dirigir nuestra marcha fluctuante y desconcertada. Nada más curioso y sugestivo; nada que enriquezca con más cruel pero eficaz lección nuestra experiencia que el releer hoy ciertas páginas de política o de sociología escritas con la buena fe, con la credulidad y la confianza de antes de la guerra.

Asombra que hayamos sido tan ciegos frente al peligro que ya cernía sus alas sombrías y sus garras afiladas sobre la confiada e incauta humanidad; y cómo, al precavernos de peligros imaginarios, abríamos las puertas al insidioso y pérfido enemigo.

Me sugieren estas reflexiones las páginas de García Godoy' sobre el peligro del imperialismo yanqui, y las frases de segura confianza con que afirma que: "cuantiosos intereses empleados en Centro América, de procedencia alemana, trescientos cincuenta mil habitantes de esa misma procedencia (que fueron luego muchos más) esparcidos en dos o tres Estados del Brasil, no pueden ciertamente representar ningún peligro digno de tomarse seriamente en cuenta". Y esto lo escribía combatiendo ciertos conceptos de García Calderón, que señalaba tres peligros a la estabilidad política de Hispano-América: "la paulatina y pacífica invasión de tra-

bajadores japoneses y alemanes, y el metódico y potente desenvolvimiento del imperialismo yanqui".

Rodó no escapa a la ley general de los acontecimientos. Su obra, como la obra de todos, está condicionada a la relatividad de un momento histórico que puede extenderse a una mayor o menor duración, según el fundamento más o menos firme de *humanidad*, que Guyau exigía para toda obra de arte o de literatura que quiera perdurar más allá de la vida de su autor.

Con admirable profundidad muestra Renán en el "Diálogo de los Muertos", la fugaz relatividad de nuestra verdad, manifestada en las obras literarias.—"Triste, verdaderamente, es la suerte de nosotros los inmortales", hace decir a la sombra atormentada de Boileau, mientras discurre bajo las palmas y los olmos de un jardín de ultratumba, en compañía de los grandes genios y de los grandes talentos. "Parecemos querer decir eternamente lo que sólo hemos dicho para un momento pasajero. El mundo cambia y nuestros libros no. Hay quien pretende continuarnos y ser más de lo que nosotros hemos sido, y combaten con nuestros propios escritos aquello mismo que hemos amado. Los que nos combaten suelen ser muchas veces aquellos a quienes hubiéramos sostenido, si nos fuera posible volver a la tierra de los vivos".

Sin pretender aplicar estrictamente estas palabras a la obra de Rodó, demasiado fresca y reciente todavía, no hay duda de que si él pudiera, como lo deseaba Boileau volver al mundo de los vivos cambiaría él mismo más de una faz de su doctrina, para adaptarla a las nuevas condiciones en que se encuentra hoy la humanidad. "El mundo ha cambiado completamente en estos últimos cinco años; pero su obra, no".

Y, precisamente, el problema social de las naciones

hispano-americanas, es tal vez uno de los que más graves cambios ha sufrido, por el nuevo e inmenso porvenir abierto a todas sus actividades. Frente a la bancarrota dolorosa del continente europeo, toca a la América Latina una parte importantísima en la construcción futura del nuevo edificio social. Y las jóvenes espaldas de Hispano-América son aún muy débiles para sobrellevar el peso enorme que la humanidad ha colocado sobre ellas.

Pasado apenas el período de formación y consolidación política de las naciones, durante el cual, como durante la infancia del hombre, se encuentran expuestas a mayores contingencias que conspiran en contra de su integridad, las naciones hispano-americanas, llegadas ya a una fuerte y lozana juventud, deben trabajar, enérgicamente en formar y consolidar su esbozada personalidad. El problema es complejo, como lo es siempre el de la formación de un carácter nacional.

Y tanto más complejo para las naciones hispanoamericanas, cuanto que su origen y modo de formación conspira activamente contra la consolidación definitiva de ese carácter. Toda solución que quiera darse a este problema debe volver los ojos a la conquista y colonización de América Latina para no desconocer ciertos factores de una importancia capital.

Los primeros conquistadores de América, salvo algunas muy honrosas excepciones, fueron, en efecto, hombres de pocos escrúpulos morales, ávidos de riquezas o de gloria, aventureros geniales algunos de ellos, que eludían en el lejano teatro de estas comarcas salvajes y aún casi fantásticas, los lazos demasiado apretados para sus ambiciones, de las leyes y las sanciones sociales.

Poco varió más adelante la clase social de los colonizadores. Aun a principios del siglo XVII, un poco más

de un siglo después de su descubrimiento, decía Cervantes, refiriéndose a las Indias, que era "refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de las mujeres libres, engaño común para muchos y remedio particular para pocos"... ("El celoso extremeño").

Sobre esta sociabilidad primitiva se organizaron y desarrollaron luego las ricas colonias españolas.

Lentamente purificado el medio social de tan humilde origen, por corrientes inmigratorias un poco más cultas y por la autoeducación que paulatinamente se iba desarrollando, por la cultura que surgía, por los elementos nativos que iban a beber directamente en la fuente natural de la madre Europa, por la llegada de libros, periódicos, y noticias verbales que traían, con las mercaderías necesarias, un hábito de civilización, los escasos y anhelados buques de la Compañía de Indias, surgió, con el siglo XIX, la Revolución Americana, dando existencia política a estas naciones. Si en el Virreinato del Río de la Plata y en la Gobernación de Caracas la revolución nació en la clase más culta y refinada de la sociedad; si los San Martín, los Belgrano, los Bolívar, los Miranda, fueron hombres superiores, instruidos en los avanzados principios de los filósofos de la Enciclopedia, cuyos frutos maduraron en la Revolución Francesa; militares distinguidos y hombres de mundo, en la generalidad de América la revolución, como la de 1789, fué hija legítima del pueblo. Y el pueblo, el pueblo criollo, sustituyéndose al fin a la pseudo aristocracia española, cuyos más claros pergaminos no eran muchas veces más que una fe de bautismo obtenida quizás de qué manera en alguna oscura iglesia de una perdida aldea española, título suficiente para desalojar de todo puesto administrativo y de toda consideración social al humilde criollo de

América, el pueblo, los criollos, los mestizos, los nativos, realizaron, magníficamente, soberbiamente, la hazaña de crear un continente próspero, de las agobiadas y exhaustas colonias españolas.

Una vez consolidada la existencia política de las naciones hispanoamericanas, la inmigración europea concurre más aún con su rica savia a aumentar su crecimiento y desarrollar sus riquezas. Aquel primitivo núcleo de colonizadores hispanos injertado sobre las razas indígenas, constituyó, luego que lo hubieron seleccionado y afinado los años, la base firme y el cimiento estable y sólido, bajo la masa movediza, enorme y ondulante de la inmigración. Su solidez apenas consolidada, debió ser la roca dura sobre la cual se han edificado las nuevas nacionalidades, la que debe encauzar y asimilar la heterogeneidad de la masa humana, marea constante que aflúa y afluye sin descanso desde las playas europeas.

Esta heterogeneidad de nuestras poblaciones, hasta ahora no suficientemente fijada y asimilada por el fondo criollo, estable y homogéneo, es la causa indiscutible de la inferioridad actual de Hispano-América, frente a la estabilidad de tantos siglos de las naciones europeas. Inferioridad pasajera indudablemente; pues esa misma heterogeneidad es al mismo tiempo fuerza valiosa de trabajo, de iniciativa, de progreso, a la cual sólo falta una adaptación definitiva que lo transforme y le dé carácter nacional. Otra forma de conquista y de colonización; un marcado puritanismo moral y social caracterizan la formación de los Estados Unidos de Norte América, a los que la fuerza del carácter sajón, evolucionando en otros climas y en otras condiciones políticas, con un aprendizaje invaluable de libertad que Inglaterra permite a sus colonias, determinaron más rápidamente y con fuerza mayor el carácter yanqui, impuesto

casi en absoluto a la masa inmigratoria, no menos numerosa ni menos variada que en Hispano-América. El núcleo primitivo ha impuesto a la población flotante y cosmopolita la fuerza de sus aspiraciones y la energía de su voluntad. He ahí por qué Norte América puede hoy' reivindicar su puesto de nación formada en el cóncave universal y aun imponer con sus puntos de mira y la preponderancia de sus riquezas, sus determinaciones en la política del mundo.

Lo que ellos han conseguido por medio de su voluntad, de su trabajo, de un tesón no quebrantado ni debilitado nunca, Hispano-América puede también conseguirlo por otros medios y con otras condiciones, puesto que nuestra raza, latina y entusiasta, si inferior bajo ciertos aspectos de constancia y de audacia, es superior en mil otros de fineza, de idealidad y de arte. El vicio de nuestra formación requiere de inmediato un remedio enérgico; tanto más urgente cuanto que el porvenir de la América Latina debe ser realizado cuanto antes. Y el remedio no puede ser sino uno: la educación.

La cultura intelectual, por la fácil transmisión del libro, del periódico, de la revista, pudo venirnos naturalmente de nuestra madre Europa que virtió pródigamente sobre nosotros el perfume exquisito de su cultura latina y el refinamiento de su literatura francesa, en donde ha bebido Hispano-América lo más firme y lo más delicado de su saber y de su arte, mucho más que de España, cuyo idioma, sin embargo, es el nuestro. Y a través de Francia, también el pensamiento filosófico germano y el sajon, la ciencia creadora y analizadora, nos ha llegado casi exclusivamente en el dulce idioma de Lutecia.

Y así se explica que el nivel de la cultura americana, por lo menos en cierta clase de la sociedad, pequeña es

cierto, haya subido bastante alto para hacer pensar a ciertos escritores que era llegado el momento propicio de independizar a América de la tutela intelectual europea, como un día, hace ya próximamente un siglo fué independizada políticamente. Sólo que la independencia intelectual es obra paciente del tiempo y del trabajo, y no se decreta en un motín, ni se sostiene por la fuerza de las armas. Ligada íntimamente a ella, y aun en cierto modo sojuzgándola, la independencia económica requiere antes ancho y abierto campo para la industria y el comercio. Y más alto aún que el pensamiento y que la riqueza y que el trabajo, la conciencia del pueblo, oscura e ineducada, pide ser esclarecida en una cultura paciente y larga. Fruto de la heterogeneidad y de la inestabilidad de nuestros inmigrantes, el nivel de la moralidad popular en nuestra América, azotada por la inercia de las razas nativas vencidas, con el porcentaje asustador de su analfabetismo, es sensiblemente inferior al nivel intelectual de sus clases cultas.

Pero la educación es a su vez otro problema hondo y complejo. Habíamos cifrado todas nuestras esperanzas, toda nuestra fe en la escuela primaria, y ella nos dice hoy ya sin ambages, que hemos pedido a su organización más de lo que se encuentra en estado de dar. No, la educación de los pueblos hispanoamericanos no puede cifrarse únicamente en una cuestión de número de escuelas. Sería demasiado fácil el remedio si multiplicando el número de ellas pudiéramos solucionar tan complejo problema. La verdadera educación, la educación del carácter, la formación de la conciencia, la iniciación en la responsabilidad y en el deber, la pureza de la conducta, la altura de ideales, no la pueden dar por entero la es-

cuela primaria: ello es patrimonio casi exclusivo del hogar.

Y el hogar — o por lo menos la mayoría de los hogares — no la da, ni puede darla porque los hombres y las mujeres de nuestros pueblos no están capacitados para darla.

El problema, pues, se presenta con caracteres de casi insolubilidad. Y sin embargo, sólo es insoluble para aquellos que intentan resolverlo de inmediato. La educación del pueblo se efectuará de una manera lenta pero efectiva, por el ejemplo, por la acción, por la abnegación paciente y constante de los mejores, de los más cultos, sobre la masa desconocida e irresponsable. Ella, inculta y sin carácter, ama, sin embargo, los rasgos desinteresados, los gestos heroicos, los arrestos viriles; se apasiona por sus grandes hombres y rinde culto a los que saben imponerle su ideal. En medio de las miserias, de las bajezas, de las mezquindades de la lucha de cada día, busca un poco de belleza, un romántico vislumbre de sentimentalismo, un poco de desinterés y de bondad en la lectura de sus libros favoritos. Infantil e ingenua, se deja arrastrar muchas veces por las palabras huecas y sonoras que le hablan de justicia e ideales traficados como medios de lucro por los que explotan su sed de Bien y de Bondad; niño grande, no distingue generalmente el brillo engañoso de las falsas joyas, que toma a menudo por oro puro y macizo. Pero esa misma facilidad para ser engañado y explotado, prueba el fondo sincero e incontaminado de su alma, su sed de mejores días, su aspiración confusa de desinterés, que es preciso cultivar pacientemente y transformar en concretas normas de conducta, fecundas en realidades prácticas, por medio de la educación de unas clases sociales sobre otras.

La educación de nuestros pueblos no puede venirnos de afuera como la cultura; debe realizarse toda ella dentro de nosotros mismos.

Esta obra de autoeducación de los pueblos, reconocida como indispensable y urgente en América, es la médula viva, el significado profundo de "Ariel", eje principal, la más palpitante y trascendente parte de toda la obra de Rodó.

Es "Ariel" al mismo tiempo, el problema y la solución del problema americanista. En él se plantea la inferioridad real y la potencial superioridad ulterior de Hispano-América; y la norma más clara de desenvolver y realizar su excelencia. De la masa enorme de población americana, Rodó toma la parte más viva, el núcleo promisor que ha de realizar en el futuro el porvenir soñado; y a esa juventud, que es la virtualidad actual y la realidad de mañana, se dirige para plasmar en ella el futuro que sueña: sermón laico, oración lírica, breviario de íntimos consejos, manual de perfección, Rodó realiza en "Ariel" la obra de educación que acabamos de esbozar. Pero, no se contenta con señalar las normas; cultivo del ocio griego, amor a los ideales, alta mira de conducta en donde fijar los ojos como en una brújula celeste en medio del mar peligroso de la vida, desinterés absoluto, comunicación e intercambio intelectual entre todos los países de América, cultivo del genio latino frente a la invasora expansión del genio norteamericano. Expresamente, en forma bellísima, expone la necesidad de educar, por el ejemplo y la palabra. "Por otra parte — dice en este mismo "Ariel", que comento — nuestra concepción cristiana de la vida (¿por qué, solamente cristiana?) nos enseña que las superioridades morales, que son un motivo de derechos, *son principalmente un motivo de deberes*, y que todo espíritu superior se

debe a los demás en igual proporción que los excede en capacidad de realizar el bien". He ahí sintetizado en esta bella frase todo el proceso de la educación colectiva de los pueblos. El día en que todos los hombres de cierta cultura, de determinado nivel moral se compenentren de sus deberes para con las masas inferiores; el día en que las clases dirigentes reconozcan y acaten su deber de enseñar con la realidad viviente de su ejemplo propio, a la masa ignorante e impersonal, ese día la autoeducación de los pueblos será un hecho y el nivel moral de América nada tendrá que envidiar al de las más cultas naciones europeas.

Pero no se contentó Rodó con predicar y enseñar el camino de la propia cultura a los pueblos hispanoamericanos con la música inefable de su palabra ungida de sinceridad y de fervor: su vida entera fué también la realización práctica de sus ideales enseñados. Y no es éste menor título a su gloria, ni timbre menos alto de nobleza, ni florón menospreciado para su noble corona de Maestro. En la completa armonía entre su obra y su vida, hemos de encontrar el secreto de su influencia decisiva sobre la juventud americana. Reconociéndose de un nivel intelectual y moral superior al de la mayoría, puso en práctica su concepto de la superioridad moral que impone mayor número de deberes que de derechos. Por esa sinceridad absoluta de sus prédicas, por esa armonía tan pocas veces hallada entre la palabra y el acto, por ese amor desinteresado al continente, por la belleza serena de su frase muchas veces comparada a un mármol griego por la pureza de la línea y la ondulante curva de su música, Rodó es, sin disputa, el más alto Maestro de América. Ninguno de los otros notables escritores que con él se han preocupado de la salud moral de Latino-América, ha alcanzado, como el evangelista-

ta de "Ariel", tan eficaz influencia sobre esa misma América; ninguno ha penetrado tan hondamente en su corazón para imprimir en él el sello de sus altísimos y nobles ideales. Y es porque en "Ariel", junto a la belleza inmarcesible de su frase, junto a la poética evocación de las leyendas griegas, junto a la erudición de sus citas que habían de deslumbrar más adelante en "Motivos de Proteo" con la riqueza inagotable de una mina, la unción de la palabra, el convencimiento de su prédica, la sinceridad transparente de su fervor casi místico y de su amor encendido por el porvenir de la América Latina, tiene todo el contagioso entusiasmo de la palabra hondamente sentida y hermosamente expresada. "Ariel" es, por la suavidad de sus enseñanzas, manantial fresco y límpido que refresca las heridas del alma, sangrantes en la lucha implacable de la vida. Su lectura levanta el espíritu con la fuerza de una fe no contaminada por las bajas contingencias de la vida fecunda, pero amarga y dolorosa; y el refugio interior que enseña a la juventud demasiado tempranamente arrastrada a los materialismos necesarios, es el contacto vivificador de la madre Tierra para las fuerzas vacilantes de todos los tuteos. Si una religión positiva hubiera conquistado en su infancia el espíritu ya naturalmente religioso de Rodó, hasta convertirlo en sacerdote de su fe, la elocuencia persuasiva de "Ariel" hubiera sido fuerza incontrastable en el púlpito, y hubiéramos visto resucitar en nuestro siglo la palabra sagrada de los grandes predicadores religiosos.

La seducción inevitable de su verbo, hecha de idealidad y de belleza, arrastra y fascina el espíritu con la musicalidad fluida y transparente del período, y le quita a veces la serena independencia de la crítica. Hay tanto consuelo, tanta dulzura en la palabra inefable del

Maestro, que la inteligencia debe hacer un esfuerzo para librarse un momento del hechizo y analizar con imparcial actitud la eficacia verdadera de su prédica.

¿Es en realidad el cultivo del ocio, la vuelta en lo posible al "milagro griego", el idealismo ensoñador, la forma más eficaz de conseguir la realización definitiva del porvenir de América? ¿Son justos los reproches que dirige a la democracia *igualitaria* y *niveladora*, culpable según él, de haber ahogado las formas más refinadas y más altas del Arte y del Pensamiento? Frente a la maravilla de un monumento o de una estatua, ¿cabe olvidar la sangre derramada por los caprichos crueles de un Lorenzo de Médicis, protector de la Belleza y del Arte?

América, libre y abierta a todas las corrientes del pensamiento, campo fecundo en donde nacen y viven en fecundo consorcio todas las aspiraciones y todas las teorías; América, crisol donde se funden las razas más diversas para dar nacimiento a una raza futura libre y forjadora de su propio destino; Campo Elíseo en donde se refugian las miserias y los dolores de toda la humanidad para rehacer en el trabajo, en la energía de una vida de labor y de constancia el destino adverso en otros climas y en otras patrias, menos madre de sus hijos que la abierta y acogedora América, ¿vale menos que la Grecia del Arte, de la esclavitud y de la aristocracia, que la Florencia cruel y sanguinaria de los Médicis, la Florencia de la escultura, de la pintura y del crimen?

¿Y los Estados Unidos, pueblo recio y trabajador, pueblo de voluntad indomable, de energía triunfadora, pueblo de *self-control* y de desenvolvimiento de la propia personalidad, vale menos por su interesado amor a la riqueza, por el duro troquel de sus virtudes, a veces implacables, que nuestra América Latina, ensoñadora y

muelle, seducida fácilmente por la música engañadora de la palabra?

No, a pesar de sus aparentes inferioridades, la democracia no puede ser culpada de la falta de una floración definitiva de Arte americano. La chatura de su intelectualidad, la falta de Belleza de sus instituciones, la atmósfera espesa que ahoga a los espíritus refinados no son títulos suficientes para condenarla, frente a la inapreciable libertad que abre sus brazos a todas las criaturas y que reconoce también, si no con la misma generosidad que las viejas instituciones europeas, por lo menos con igual deseo de comprensión a los hijos predilectos del Arte.

“La ferocidad igualitaria no ha manifestado sus violencias en el desenvolvimiento democrático de nuestro siglo, ni se ha opuesto en formas brutales a la serenidad y la independencia de la cultura intelectual. Pero a la manera de una bestia feroz en cuya posteridad domesticada hubiérase cambiado la acometividad en mansedumbre artera e innoble, el igualitarismo en la forma mansa de la *tendencia a lo utilitario y lo vulgar*, puede ser un objeto real de acusación contra la democracia del siglo XIX.”

Y en otra ocasión, agrega: “La concepción utilitaria como idea del destino humano, y la igualdad en lo medioere como norma de la proporción social componen íntimamente relacionadas la fórmula de lo que ha podido llamarse en Europa el espíritu de americanismo.”

En otro lugar encontramos esta frase que, por lo enérgica, lo contundente, casi diría lo lapidario, semeja un anatema de la Sagrada Escritura: “Sobre la democracia pesa la acusación de guiar a la humanidad, medioerizándola, a un Sacro Imperio de utilitarismo”.

Seamos ahora, una vez siquiera, sinceros. Col



en uno de los platillos de la eterna balanza de la Justicia, esa "igualdad de semidioses" que, realizada en la antigua Grecia "sonrisa de juventud y de gracia de la humanidad niña y candorosa jugando sus juegos de niños sublimes sobre las playas azules del Atica", soñaba Rodó para nuestra América; coloquemos en ese mismo platillo las condiciones sociales y políticas que permitieron el maravilloso desenvolvimiento de esa floración espléndida de Arte y de pensamiento humanos: la atroz condición del esclavo, sobre cuyas espaldas de carne viva y dolorosa — igual a la de los ciudadanos libres de las libres ciudades de Grecia, porque era la suerte espantosa del vencido en las lides guerreras, — sobre cuyas espaldas, decía, de carne sensible y nervios doloridos se levantó en su implacable Belleza la civilización de la

"Civilización"; y coloquemos en el otro platillo de la balanza nuestras despreciadas e igualitarias democracias, en donde el Arte y la Belleza pura son sacrificadas (esperemos que sólo pasajera) a esas clases inferiores, de quienes ya decía Renán "que no pueden aun ser libres y no deben ser ya esclavas", y digamos con la sinceridad de nuestro corazón del siglo XX, si no sacrificaríamos gustosos un arte y una civilización amasados con sangre y lágrimas humanas y conquistado a tan alto y tan duro precio.

Nó; a través de la historia y del tiempo, la poesía de lo desaparecido embellece las cosas pasadas con el velo encantador de la fantasía; pero nuestra sensibilidad, nuestra piedad, nuestra fraternidad humanas no podrían aceptar hoy las condiciones del "milagro griego" y al precio altísimo del Partenón, de la Venus de Milo, de la Victoria de Samotracia, y de todo el pueblo divino de las estatuas griegas, alzaríamos en nuestros brazos al

esclavo y pagaríamos con ellas el precio de su libertad invaluable.

Porque a pesar de toda su falta de Belleza, a pesar de su mediocridad, a pesar de la gris nivelación que la democracia ha impuesto al mundo, queda su título innegable de grandeza en el respeto y la consideración que exige a todos, por humilde, por oscura, por pequeña que sea, toda vida humana, por el solo motivo de ser la vida de un semejante nuestro. La más bella orquídea de Borneo, el más puro diamante del Transvaal, la perla más soberbia de Ceylán, no pagarán jamás con la exótica Belleza de su corola, con el brillo deslumbrador de sus mil facetas, con el oriente inimitable de su redondez aterciopelada, las vidas humanas, tan ricas en oculta belleza, sacrificadas implacablemente en su consecución.

Si aquel otro suave y helénico espíritu que se llamó Renán combatió la democracia con angustias y apasionamientos de convencido, no olvidemos que el ambiente en que vivía difería radicalmente del ambiente americano, y aquéllas instituciones de las nuestras. Se inspira Rodó muy a menudo en la palabra suave, armoniosa y llena de unción del autor de la Plegaria a la Acrópolis.

Pero no olvidemos que Renán escribía bajo el segundo imperio; y que si luchaba contra la posible implantación de la democracia era porque veía en el ejemplo de Inglaterra la suma más alta de libertad individual conciliada en una forma de gobierno en armonía con sus tradiciones seculares. Defendía Renán el derecho a vivir de una clase social que contaba en Francia siglos de existencia y que si reclamaba para sí derechos sumamente discutibles, había realizado en épocas pasadas la misión educadora que nosotros nos tenemos aún que confiar. Anacrónica hoy en cualquier parte del mundo, la nobleza podía reivindicar en Europa su obra social

de siglos: guerrera, directora de los negocios públicos, educadora de las clases sociales oprimidas, en el arte, en la ciencia, en el refinamiento. Concluida su misión histórica, aun puede comprenderse que un espíritu refinado y superior, nacido y desenvuelto en ese medio, viera con pena su bancarrota definitiva; pero no se explica ni se admite que un espíritu libre de nuestra América, pueda echar de menos una forma social que sacrifica a la inmensa mayoría para realizar en un núcleo reducido un Ideal de Belleza, de Arte y de Pensamiento.

Y aún el mismo Renán, a cuyo aristocratismo de pensamiento repugnaba la mediocridad vulgar del "monstruo de las mil cabezas" tiene palabras de esperanza y de fe para ese mismo pueblo que había de ver entronizado en la tercera República Francesa. Cuando Calibán,—en el drama filosófico del autor de la "Vida de Jesús" — elevado por Próspero a la dignidad de criatura humana, como el pueblo fué elevado por la educación de la nobleza, que Renán personifica en el Duque de Milán, entregado a la investigación paciente de la ciencia, se subleva un día contra su maestro, del mismo modo que el pueblo se sublevó contra la aristocracia para conquistar sus derechos. Renán tiene palabras de fe para la redención definitiva del pueblo, y hace de Calibán, dueño al fin del gobierno de Milán, un hombre justo y moderado. Cierta es, que Ariel, espíritu puro, Ideal de la humanidad, muere en el drama, reintegrado a las fuentes primeras de la belleza eterna: color, perfume, canto, luz... Pero también es cierto que cuando Próspero abandona voluntariamente la vida conquistada, al fin su ciencia de euthanasia con la túnica empapada en cloroformo, renace Ariel por virtud del amor de Celestina y continuará viviendo por la magnanimidad de Calibán, de una

sinectura: el cuidado del castillo de Sermione, inútil ya a la nueva República de Milán.

Profundo y sugestivo simbolismo que abre amplios e insospechados horizontes para aquellos que no han querido ver en Renán más que su tristeza por la aristocracia que él veía irse definitivamente; hondo simbolismo que entrega al pueblo-Calibán, el porvenir de la humanidad, y pone, al fin, bajo su protección y su custodia el Idealismo-Ariel, servidor hasta entonces de una clase única de la sociedad, la nobleza personificada en Próspero, Duque de Milán, reintegrado a su ducado después del largo destierro que nos narró Shakespeare en "La Tempestad".

Y este simbolismo, esperanza definitiva y fe inquebrantable en el porvenir del pueblo, del pueblo erigido en clase directora por virtud de la democracia, es también nuestra esperanza encendida, nuestra fe inquebrantable y el objeto final de nuestra vida.

América, depositaria del tesoro de libertad que soñaron los grandes pensadores para la humanidad entera, ha de realizar al fin el soñado consorcio entre la libertad y la cultura, entre la democracia y el Arte.

Pero sea cual fuere el camino que nos ha de llevar en definitiva a tan excelsa realidad, sea cual fuere la prédica de sus grandes pensadores, equivocado o real el medio indicado para conseguirlo, ha de quedar Rodó definitivamente como el más alto Maestro de la juventud americana, por la pureza de sus ideales, por la sinceridad de su palabra, por su dón de convencer y de seducir, por la belleza inimitable de su estilo, por la unción y el fervor de su alma enamorada de la Belleza y del Ideal.

La juventud uruguaya lo ha comprendido y lo ha amado; y recogiendo la enseñanza de su palabra y aco-

giendo la nobilísima tarea que él ha colocado sobre su frente tersa y limpia todavía, el Centro Ariel, representante de esa juventud entusiasta e idealista, nos congrega hoy en el claustro severo del templo de la ciencia para comulgar en este primer aniversario de la muerte de nuestro gran Maestro, en Belleza, en Bondad y' en Ideal...

Permitidme, pues, señoras y señores, que al terminar, salude al mismo tiempo, y con la misma profunda reverencia, el espíritu luminoso del gran Maestro, que flota presente en esta reunión, congregada para recordarlo, y a esta juventud de mi patria, encargada de hacerlo carne en la obra de realización de las altas y nobles enseñanzas de "Ariel". Yo saludo, pues, en la generación que se inicia en las lides difíciles de la vida, a la materialización de los nobles ideales que el magno Maestro depositó sobre su frente como simiente de luz próxima a transformarse en constelación de astros; y creo que de ninguna otra manera puede conmemorarse más dignamente el primer aniversario de su muerte que levantando el corazón y la conciencia hasta las serenas cumbres de pureza, de idealidad y de belleza, en donde habitó el alma incontaminada de nuestro egregio compatriota desaparecido.

He dicho.

LUISA LUISI.

Mayo 2 de 1918.
